

la santa pobreza, experimentaba el P. Claret en sus viajes apostólicos.

Al paso que con la práctica constante de la pobreza traía edificados á los pueblos donde predicaba, adelantaba no poco con ella en la perfección, porque esta virtud es una buena madre que, cuanto más carece de las cosas de la tierra, tiene los pechos más llenos de leche celestial, con que cría y sustenta á las demás virtudes. Comparaba éstas el Siervo de Dios á las cuerdas de un piano, y decía que la pobreza, como era una cuerda corta y delgada, daba el sonido más agudo, y así concluía que cuanto más cortas son las conveniencias ó comodidades de la vida en un pobre voluntario, más alto es el punto de la perfección á que asciende, y por lo mismo se distinguieron en esta virtud los más perfectos, cuales fueron Jesucristo y los Apóstoles, quienes tenían que comer pan de cebada, y alguna vez, para saciar el hambre, hubieron de echar mano de las espigas. Comparaba también los pobres voluntarios á los fluidos, que tanto más suben cuanto son más ligeros y sutiles.

6. Mas aunque es muy grande y digno de loa el sacrificio que el hombre hace á Dios desprendiéndose de todo afecto á los intereses terrenos é inmolándole, por decirlo así, todo el mundo exterior de los sentidos, es sin comparación mucho más noble y de mayor valor y estima el sacrificio que por la obediencia se le hace de la propia voluntad, porque ésta es en el hombre la señora de todas las facultades interiores y exteriores; y así, quien da la voluntad da, juntamente con ella, todas las cosas, ofrece el árbol con sus frutos, el agua con su fuente, el joyel con sus piedras y perlas. Sin el sacrificio de la propia voluntad, de poca estima son todos los demás, porque en la voluntad está el amor, y como no hay perfecto amor sin la entrega de la voluntad ó del corazón, tampoco hay por parte de Dios entera complacencia en sus criaturas si no es cuando sin reserva alguna la voluntad del hombre queda enteramente aprisionada con las cadenas de su amor, de manera que en todas las cosas no mire sino lo que á Dios agrada, ni aspire sino á cumplir en todo y con perfección la divina voluntad de su Amado; y como esta voluntad nos la manifiesta Él con toda claridad y seguridad por medio de los Superiores, representantes suyos, de manera que, como Él mismo ha dicho, “los

que á éstos oyen, á Él mismo escuchan,, síguese que la virtud de la obediencia, ejercitada con este noble espíritu de caridad y de amor, es la virtud más perfecta y al Señor más agradable, verdadero holocausto de suavidad en su divina presencia, donde la víctima se consume toda entera en la hermosa llama del divino amor, y en ella transformada se une á Dios con lazo indisoluble y en apretado abrazo, manantial de eternas delicias. El Señor ama con especialidad esta noble virtud en el varón apostólico, y muestra bien lo mucho que le agrada bendiciendo con fruto copiosísimo sus tareas cuando las inspira y anima la obediencia, y retirando casi siempre su divina gracia cuando se emprenden por propia voluntad. Por esta causa el Siervo de Dios, que en todas sus acciones se movía como sobre los dos extremos de un eje, por el deseo de transformarse en Dios y por el anhelo de salvar las almas, amó y practicó siempre la obediencia como el eje que enlazaba ambos extremos y daba el primer impulso á todos sus movimientos.

Ya hemos visto cómo en su niñez y juventud se guió siempre por el confesor que dirigía su conciencia. Cuando emprendió la carrera apostólica púsose á las órdenes del Gobernador eclesiástico de Vich, que era su inmediato Superior; no iba á pueblo alguno que no fuese sin su consentimiento ó mandato. Vich, por esta causa, era el centro de sus excursiones apostólicas, aunque permanecía muy poco en dicha ciudad. De allí partía con la lista que le entregaba el Prelado de los pueblos adonde debía ir á dar Misión ó ejercicios, y nunca iba á población alguna por su propia voluntad. "Aconteció no pocas veces,—escribe el Varón de Dios,—que los Prelados de otras diócesis acudían al de Vich pidiéndole que me enviase á ellas; y accediendo él, iba yo adonde me llamaban, porque tenía por máxima inalterable no ir jamás á parroquia ni obispado alguno sin la orden expresa de mi Superior, y esto por dos razones poderosas. La primera, porque así me llevaba la santa obediencia, virtud que el Señor premia al momento, tanto es lo que le agrada; y sabiendo yo que así hacía la voluntad de Dios y que Él era quien me enviaba, iba muy contento, viendo además claramente su santa bendición en el copioso fruto que se hacía. La segunda razón era de conveniencia, porque viniéndome de todas partes peticiones con grande instancia,

les daba satisfacción diciendo: "Iré de muy buena gana si el Prelado me envía"; y así dejábanme en paz y entendíanse con él, quien me daba sus disposiciones. Conocí que en ellas no ha de meterse el Misionero; debe, sí, ofrecérsele diciendo: *Ecce ego, mitte me*; pero no ha de moverse hasta que el Prelado se lo mande, pues su mandato será de Dios (1)."

Para probar la necesidad que teníamos los Misioneros de no escoger por nosotros mismos los puntos adonde habíamos de ir á predicar, sino que en esto, como en todo lo demás, debíamos guiarnos por la obediencia, traía el testimonio del divino Redentor, que dijo á sus Apóstoles: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*; esto es, que debían evangelizar los pueblos y las naciones, enviados por el mismo Jesucristo, y no por su propio capricho y voluntad, así como el mismo Salvador fué enviado al mundo por su Eterno Padre, y no escogió Él por sí ni la hora, ni el tiempo, ni los lugares de su predicación, sino que tanto en lo uno como en lo otro atendió á cumplir la voluntad de su Padre celestial. Y para darles á entender las ventajas que traía el ir á las Misiones enviados por el Señor, en cumplimiento de la obediencia, traía muy oportunamente á colación el ejemplo de las dos pescas milagrosas que hicieron los Apóstoles cuando echaron las redes por mandato de Jesucristo, según nos refieren los sagrados Evangelios.

A la obediencia atribuía el Siervo de Dios el maravilloso fruto que en las Misiones hacía, según es de ver por las siguientes palabras con que encarecía esta virtud á sus Misioneros:

"Esta necesidad, —dice,— de que el Prelado me enviase y señalase el lugar de mi predicación me dió el Señor á conocer desde un principio. Y así es que, aunque los pueblos escogidos por el Superior fueran muy malos y de costumbres corrompidas, se hacía grande fruto, porque enviándome Dios, Él los disponía y aparejaba. Por lo cual, ruego á los Misioneros que sin la obediencia no vayan á pueblo alguno, por bueno que sea; pero con la obediencia no tengan reparo en ir á cualquiera población, por mala que sea; no teman las dificultades que se presenten ni las persecuciones que se levanten: Dios los envía, van por obediencia; Él cuidará de protegerlos."

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

7. Reina de todas las virtudes es la caridad, la cual, aunque es una en sí misma, se extiende á dos objetos, Dios y el hombre, pero según un mismo concepto formal. Es un fuego divino, encendido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, y que se divide en dos llamas inmensas, una que sube á lo alto y abraza al mismo Dios, y otra que se esparce por todas las criaturas capaces de la bienaventuranza eterna. La caridad ó amor de Dios es alma, forma y vida de todas las virtudes; sin ella los actos más heroicos pierden su valor en orden á la gloria del cielo, y con ella las acciones más ordinarias se aquilatan y avaloran de un modo en cierta manera infinito. El hervor subido de la caridad es el que ha formado los Santos; por ella agradaron á Dios, conquistaron á los hombres y vencieron á sus mayores enemigos. El Señor, pues, que intentaba llevar á nuestro Padre por los ásperos senderos de la santidad, le previno poniendo en su pecho una centella de ese fuego celestial del divino amor, la cual de tal manera fué creciendo con el ejercicio de la caridad, que á los cinco años le abrasaba ya y consumía las entrañas y no le dejaba un punto sosegar. Y como esta llama divina más y más se enciende al calor de la meditación, entregóse el P. Claret á este santo ejercicio cuando apenas podía conocer lo que era meditar, y sin que nadie le enseñara, si no es el Espíritu Santo, que en lo secreto y escondido del corazón le amaestraba en las cosas de espíritu. Cuando en Vich reanudó sus estudios eclesiásticos, tenía ya de tal manera fijo el amor de Dios en el corazón, que de continuo pensaba en Él, de Él hablaba en las conversaciones con sus condiscípulos, y por hacer que fuera de todos conocido y amado se aplicaba con afán al estudio y daba la preferencia á las ciencias que más habían de aprovecharle para pegar el fuego del divino amor en los corazones de los hombres. De la hoguera inmensa de caridad que ardía en su pecho brotaban aquellos sus ardientes discursos, aquellas inflamadas expresiones que encendían la caridad en los corazones más helados; de ese fuego bullidor salían las corrientes de su impetuoso celo, con las cuales pretendía nada menos que hacer arder el mundo por sus cuatro costados.

Conocedor de lo mucho que importa al Misionero abrasarse en este fuego de la caridad para herir á los pecadores con heridas de amor y arrepentimiento, se esforzaba por inflamar

las almas de nuestros primeros Padres, para lo cual, á más de presentarles con vivísimos colores la hermosura soberana de Dios, su bondad infinita y los innumerables beneficios de que en el orden de la naturaleza y de la gracia los había colmado, explicábales la necesidad que del divino amor tenían para desempeñar con fruto el ministerio apostólico. Estas admirables enseñanzas podemos aún apreciarlas algún tanto por las notas manuscritas que acerca de este punto nos dejó, en las cuales, entre otras cosas, se halla este importante documento: "La virtud, — dice, — más necesaria al Misionero apostólico es el amor de Dios. Si, lo digo y lo diré mil veces; la virtud que más ha menester es el amor: ha de amar á Dios, á Jesucristo, á María santísima y al prójimo. Si no tiene este amor, inútiles son sus bellas dotes; pero si su amor á Dios y al prójimo es grande, con las dotes naturales lo tiene todo. Hace el amor en el que predica la divina palabra el mismo efecto que el fuego en la bala que sale del fusil. Si el soldado tirase la bala con la mano, poco daño causaría al enemigo aunque le tocase; pero tirándola impulsada por el fuego de la pólvora, hiérele ó mátaale al tocarle.

„Así sucede con la divina palabra: que si sale de un corazón que no tiene caridad, no es mucho lo que mueve; pero si la profiere un sacerdote encendido en el amor de Dios y del prójimo, hiere los vicios, mata los pecados, convierte los pecadores y obra maravillas. Vémoslo en San Pedro, que saliendo del Cenáculo ardiendo en llamas de amor de Dios después que recibió el Espíritu Santo, en dos sermones convirtió 8.000 almas; 3.000 en el primero y 5.000 en el segundo. Dánoslo á conocer claramente el mismo Espíritu Santo que, apareciéndose el día de Pentecostés sobre los Apóstoles en lenguas de fuego, muestra que el corazón y la lengua del Misionero apostólico han de estar encendidos en el fuego del amor de Dios ó de la caridad. Siendo un día preguntado el venerable Avila por un joven sacerdote qué había de hacer para salir buen predicador, respondió muy oportunamente: "Amar mucho." Enseña la experiencia y confirma la historia eclesiástica que los mejores y mayores predicadores han sido siempre los más fervorosos amantes de Dios. A la verdad, hace el fuego del amor divino en un ministro del Señor lo que el fuego material en la locomotora de un ferrocarril ó en la máquina de un bu-

que de vapor, que con la mayor facilidad lo arrastra todo. ¿De qué serviría aquel grande aparato si no hubiera fuego ni vapor? De nada. De la misma manera, ¿de qué servirá el que un sacerdote, que ha hecho toda la carrera eclesiástica, esté graduado en sagrada Teología y en ambos Derechos, si le falta el fuego del amor ó caridad? De nada servirá ni para él ni para el prójimo. No para él, "porque, — como dice San Pablo, — aun cuando hablare el lenguaje de los ángeles, si no tengo caridad, será mi voz como hueco sonido de un metal ó el retintín de una campana. Tampoco sirve para el prójimo, porque es como una máquina inmóvil."

Convencido nuestro Padre de la necesidad y utilidad del amor de Dios para ser buen Misionero, se dió con afán á buscar este tesoro escondido, para hallar el cual se valió, según él dice, de estos medios: 1.º Guardar bien la ley de Dios. 2.º Practicar los consejos evangélicos. 3.º Corresponder á las inspiraciones interiores de la gracia. 4.º Hacer bien la meditación. 5.º Pedirlo incesantemente al Señor sin desfallecer ni cansarse. 6.º Interponer los méritos de Jesucristo y la santísima Virgen María, con la seguridad de que aquel buen Padre que está en los cielos da el Espíritu Santo al que así lo pide. 7.º Teniendo hambre y sed de este amor, imitando al que padece hambre y sed corporal, que no piensa sino en cómo podrá satisfacerlas, y expresándolo con encendidos deseos y suspiros. Cuán ardientes salieran éstos de su abrasado corazón, dicenlo claramente cuantos le conocieron, y podemos rastrearlo por las fervorosas exclamaciones de que están sembradas sus obras, tanto impresas como manuscritas. Escribía él, y así era verdad, que su corazón daba voces á Dios y le decía: "¡Oh Señor mío! ¡Vos sois mi amor! ¡Vos sois mi honra, mi esperanza, mi refugio! ¡Vos sois mi vida, mi gloria y mi fin! ¡Oh amor mío, oh bienaventuranza mía! ¡Oh conservador mío, oh gozo mío! ¡Oh reformador mío, oh Maestro mío! ¡Oh Padre mío, oh amor mío! No busco, Señor, ni quiero saber otra cosa que vuestra santísima voluntad para cumplirla, y cumplirla con toda perfección. No quiero más que á Vos, y en Vos y únicamente por Vos todas las cosas..."

Tan alta estima tenía de Dios, tan rico se creía con poseerle á Él solo, aunque careciese de todas las demás cosas, y tanto consuelo y regalo sentía en su amor, en su trato y amistad, que

solía decirle con frecuencia con una de sus jaculatorias favoritas: "Vos, Señor, sois para mí suficientísimo...", frase misteriosa con la cual el corazón se le henchía de gozo; y luego, desentrañando lo mucho que con ella expresaba, añadía: "Vos sois mi Padre, mi Amigo, mi Hermano, mi Esposo, mi todo." Cuando pensaba en los excesos de amor que Dios había hecho por el hombre y comparaba la mezquindad con que él correspondía, se cubría su rostro de vergüenza, y en el deseo de amar á Dios cuanto merecía ser amado se dirigía á Él con una expresión ternísima y llena de santo atrevimiento, diciendo: "Haced, Padre mío, que yo os ame como Vos me amáis." Mas luego, sintiendo la impotencia de su corazón para amar á Dios cuanto anhelaba y viendo que sus entrañas no se derretían con este divino fuego, se postraba á los pies de Jesús y de la Virgen y con santa impaciencia exclamaba: "Oh Jesús mío!, os pido una cosa que me la podéis conceder. Sí, Jesús mío, os pido amor. ¡Amor! llamas grandes de ese fuego que Vos habéis bajado del cielo á la tierra. Ven, fuego divino; ven, fuego sagrado, enciéndeme, derrítame y derrítame al molde de la voluntad divina. ¡Oh Madre mía María, Madre del divino Amor! No puedo pedir os cosa que os sea más grata ni más fácil de obtener que el divino amor. Alcanzádmelo, Madre mía. ¡Madre mía, amor! ¡Madre mía, tengo hambre y sed de amor; socorredme, socorredme! ¡Oh Corazón de María, fragua é instrumento del amor, enciéndeme en el amor de Dios y del prójimo! (1)."

Aunque los Santos tienen en Dios reconcentrado todo su amor y viven enteramente desprendidos de las criaturas en desnudez y pobreza espiritual, nadie hay que como ellos penetre con la sutil llama del más puro y acendrado amor todas las cosas. Sumergidas sus almas en el piélago de la hermosura divina y en las llamas de su amor eterno, de tal manera quedan mudadas y como transformadas en Dios, que, exceptuada la distinción de substancias, parecen una misma cosa con Él, porque entienden y juzgan de las cosas á la manera que Dios entiende y juzga; aman lo que Dios ama y en el orden con que Él ama; obran por el fin que Dios intenta, y tienen como una sola voluntad con Él, distinta, sí, en la substancia y

(1) Manuscritos del Siervo de Dios.

en los actos, pero una en el objeto; porque al modo que Dios se ama á sí mismo en sí, y por sí todo lo criado, el alma ama á Dios y todas las cosas en Él y por Él; y entre ambas voluntades se establece una relación y reciprocidad de afectos, en virtud de la cual la criatura participa sabrosa y divinamente de los deleites de Dios, se entristece con lo que al Señor desagrada, se alegra con lo que á Él honra y da gusto, y en todas las cosas procede en maravillosa consonancia con la divina voluntad. De aquí nace que el alma de este modo levantada en Dios y unida á Él con tan apretados lazos, lejos de entibiarse en el verdadero amor á las criaturas, las ama con un amor mucho más intenso, universal y heroico, porque las ama á la manera de Dios, el cual les tiene un amor infinito, y más á las criaturas racionales, por las cuales, como sabemos, tales extremos hizo encarnándose y muriendo en una cruz por salvarlas. El alma santa, en su amor abraza con ternura la creación entera, porque en toda ella ve reflejadas las perfecciones y la hermosura de su Amado, porque en todas ellas distingue los rayos de su bondad, y todas ellas son recuerdos y presentes de su dulce amor. Esta es la causa por que los Santos estaban en tan familiar comunicación con la Naturaleza, por que unos temían deshojar la florecilla con que topaban en las orillas de un sendero ó en medio de los campos, por que otros acariciaban las palomas ó en fraternal concierto unían su voz al suave cantar de los pájaros. Los mismos animales parece que reconocen por instinto este espíritu de amor y mansedumbre de los Santos, pues con frecuencia leemos en sus historias que muchos de ellos, perseguidos por los cazadores, se refugiaban á los pies de algún santo solitario ó en el casto seno de una virgen.

De nuestro mismo P. Claret sabemos que poco antes de ir á Cuba de Arzobispo, y cuando ya estaba consagrado, saliendo de paseo con algunos de sus Misioneros, vino derecho á refugiarse á él un manso cordero al que perseguían en la plaza de Santo Domingo de Vich algunos aviesos muchachos. Cuando el pobre animalillo se halló á los pies del Siervo de Dios, comenzó á hacerle fiestas como en señal de reconocimiento, y con tal aire de satisfacción las hacía y con tanta gracia, que el P. Claret, que se hallaba presente, quedó muy admirado y no sabía cómo explicarse tan extrañas muestras de

simpatía, pues nunca el animalito había visto al Siervo de Dios. Este, por su parte, hizo al corderillo algunas caricias, y luego lo entregó con mucho amor á unos hombres formales para que lo volviesen á su dueño.

Pero si tales simpatías sentía aun con los mismos animales por ser criaturas de Dios, en las que resplandecen algunos de sus atributos, el amor que profesaba á sus prójimos era intensísimo por todos lados. La fuerza con que su corazón amaba no puede expresarse con más vehemencia y claridad que con aquel brillante párrafo que un día, dejando escapar las llamas de su inmenso amor, consignó, al parecer, con caracteres de fuego.

“¡Oh prójimo mío!—exclama,—yo te amo. Te amo, porque Dios quiere que te ame; te amo, porque Dios me lo manda; te amo, porque Dios te ama; te amo, porque has sido criado por Dios á su imagen y para el cielo; te amo, porque has sido redimido con la sangre de Jesucristo; te amo, por lo mucho que Dios ha hecho y sufrido por tí: y en prueba del amor que te tengo, sufriré por tí todas las penas y trabajos, hasta la misma muerte si fuere menester. Te amo, porque eres amado de María santísima, mi queridísima Madre; te amo, porque eres amado de los Ángeles y Santos del cielo. Te amo, y por amor te libraré de los pecados y de las penas del infierno. Te amo, y por amor te instruiré, enseñándote los males de que te has de apartar y las virtudes que has de practicar, y te acompañaré por el camino de las buenas obras y del cielo.”

Cuán bien cumplierse estos nobles propósitos dedúcese claramente de todo el proceso de su vida, pues ésta no fué otra cosa que un ejercicio continuado de caridad en favor del prójimo; un sacrificio perenne para remediar toda suerte de miserias, y más especialmente las espirituales; una práctica, en fin, constante y jamás interrumpida de todos los oficios benéficos que el amor de una madre, de una esposa ó de un amigo, ó la caridad de un Santo, pueden inspirar. ¡Cuántas lágrimas enjugó en los diez años de su vida apostólica! ¡Cuántos cuerpos arrancó de las garras de la muerte y cuántas almas del duro cautiverio del demonio! En esta caridad, que nacía del puro amor de Dios, están cifradas y compendiadas todas sus virtudes apostólicas. Paciente, manso, humilde, benigno, complaciente, celoso, amable, todo lo era por salvar las almas, y

salvaba las almas por dar gloria á Dios, por satisfacer el hambre y la sed que tenía de que todos sirvieran á su Amado, de que todos le conociesen y amasen y fueran felices en este conocimiento y amor.



PARTE SEGUNDA

Desde que fué presentado para el cargo de Arzobispo de Santiago de Cuba hasta que fué nombrado confesor de la reina Doña Isabel II.

(1849-1857)

CAPÍTULO PRIMERO

DEL NOMBRAMIENTO DEL SEÑOR CLARET PARA EL ARZOBISPADO DE CUBA, Y DE COMO TOMÓ POSESIÓN DE ESTE CARGO

1. Estado moral de la isla de Cuba en 1849. — 2. El P. Claret es presentado para arzobispo de Santiago. — Su resistencia. — Obligado á aceptar, sigue trabajando sin mudar de vida. — Viaje á Tarragona. — Cómo dibujó su sello arzobispal. — Parte para Gerona. — Predica desde un balcón por no haber la gente en la Catedral. — Últimos trabajos en esta ciudad. — Encuentro con su amigo Masmitjá. — 3. Su preconización y consagración. — Emprende el viaje á Madrid. — Deja la corte y se despide de su pueblo natal. — Convierte á cuatro reos condenados á muerte. — 4. Breve noticia de los compañeros que se le juntaron. — 5. Sus ocupaciones hasta el día de su embarque. — Salva á una novicia. — Tranquiliza á una religiosa. — 6. Se embarca en Barcelona. — Entusiasta despedida de la ciudad. — Peripecias de la navegación. — Reglamento que seguían en el buque. — Borrasca en Gibraltar, que les obliga á retroceder hasta Málaga. — Desembarca en esta ciudad. — Fruto espiritual que hizo en sus habitantes. — Se ve privado de desembarcar en Canarias. — Espíritu poético del Padre Currius. — Misión sobre cubierta. — Confiesa y comulga toda la tripulación. — Llegada á Cuba y recepción hecha al Siervo de Dios. — Dan gracias á Dios por el feliz viaje.

1. Cuba, la isla más hermosa que vieron ojos humanos, fué descubierta por Colón en 1492. A los nombres [de Juana y de Fernandina, dados respectivamente por el descubridor de ella y por Velázquez, que la acabó de conquistar, prevaleció el nombre de Cuba, con que ya de antiguo la llamaban los naturales. Aunque tan pintoresca y tan fecunda en todo género